# EL DOBLE EDIFICIO DE LA PERMANENCIA

*Contra la arquitectura efímera: una piel de paja sobre una estructura de mil años*

**XEMA GATNAU**

Propuesta para bienal, festival o convocatoria de arquitectura

*Visualización conceptual: una de las configuraciones posibles de la Nave de Permanencia, con envolvente catenaria compacta de escala aproximada 10×10×10 m. La dimensión definitiva se adaptará al presupuesto, al emplazamiento y al desarrollo estructural.*

**Resumen**

El Doble Edificio de la Permanencia propone una crítica material y filosófica a la arquitectura efímera y a la lógica temporal de bienales, festivales y dispositivos expositivos. El proyecto se articula mediante dos piezas complementarias: una Célula de los Mil Años de 3×3×3 m y una Nave de Permanencia catenaria de aproximadamente 100 m² de huella, concebida en configuraciones compacta o longitudinal según el presupuesto, el emplazamiento y el desarrollo estructural. Ambas combinan una piel exterior de paja, renovable y sacrificable, con un núcleo de hormigón y acero inoxidable proyectado para una duración extrema. Esta oposición entre piel temporal y esqueleto permanente convierte el tiempo en criterio de sostenibilidad y plantea que los materiales de alto impacto solo se justifican cuando trabajan durante generaciones. La propuesta formula además una paradoja para la arquitectura de bienal: una obra efímera alcanza su éxito más alto cuando fracasa en su causa final de desaparecer y se vuelve demasiado valiosa para ser desmontada. Frente a la adaptabilidad entendida como mutación constante, el proyecto reivindica mantenimiento, reparabilidad, custodia y continuidad material. Su hipótesis última es civilizatoria: si ya no podemos construir un hábitat que aspire a permanecer durante siglos, el problema excede a la arquitectura y afecta a nuestra capacidad de seguir produciendo un mundo habitable y transmisible.

*Palabras clave: arquitectura efímera; permanencia; sostenibilidad temporal; larga duración; paja; hormigón; acero inoxidable; arquitectura catenaria; reparabilidad; custodia; bienales; causa formal; causa final.*

## 1. Declaración inicial

Este proyecto nace de una incomodidad: la arquitectura contemporánea habla cada vez más de sostenibilidad, regeneración, circularidad, reutilización y futuro, pero una parte importante de sus espacios de prestigio —bienales, festivales, pabellones, ferias, exposiciones, instalaciones y dispositivos temporales— siguen funcionando bajo una lógica materialmente contradictoria. Se produce arquitectura de temporada para hablar de permanencia. Se montan estructuras destinadas a desaparecer para hablar de sostenibilidad. Se crean experiencias inmersivas sobre el futuro mientras el presente sigue multiplicando residuos, transportes, desmontajes, consumos energéticos y gestos visuales de corta vida.

El Doble Edificio de la Permanencia se presenta deliberadamente dentro de esa contradicción. No pretende fingir que cree en la bienal como destino último de la arquitectura. Al contrario: parte de una desconfianza explícita hacia la bienal entendida como máquina de novedad, circulación de imágenes y consumo cultural temporal.

El proyecto no viene a producir otro pabellón efímero. No viene a generar otra experiencia. No viene a ofrecer una imagen futurista de la sostenibilidad. Viene a introducir una acusación: si una arquitectura se construye para desaparecer, solo queda justificada cuando fracasa en ese fin. Solo cuando aquello que debía desaparecer demuestra que merecía permanecer, los medios empleados empiezan a justificarse.

La tesis general es esta:

> En arquitectura efímera, solo el fracaso del fin justifica los medios.

Si el fin era durar poco, desaparecer, agotarse en el evento, entonces solo el fracaso de ese fin —solo que la obra se vuelva demasiado necesaria, demasiado útil, demasiado bella o demasiado simbólicamente intensa para aceptar su desaparición— puede justificar el coste material, energético y moral de haberla construido.

Frente a la arquitectura de temporada, este proyecto no propone una nueva instalación efímera sobre la sostenibilidad. Propone dos edificios mínimos, duros y complementarios: una célula de 3×3×3 metros y una Nave de Permanencia de envolvente catenaria, cuya dimensión final no queda cerrada de antemano y puede adoptar una configuración compacta o longitudinal según el presupuesto, el emplazamiento y el desarrollo estructural. Ambas se conciben como prueba material de una idea: que el tiempo no es un enemigo secundario de la arquitectura, sino uno de sus criterios más altos de sostenibilidad.

La novedad material del proyecto es decisiva: ambos edificios se presentan exteriormente cubiertos por una piel de paja al descubierto, como si fueran construcciones frágiles, agrícolas, temporales o destinadas a descomponerse. Pero esa apariencia es una máscara. Bajo la paja aparece una estructura de hormigón y acero inoxidable concebida para durar siglos.

Una piel efímera sobre una estructura permanente.
Una apariencia de fragilidad que protege una voluntad de duración.
Una máscara de paja sobre un esqueleto de hormigón y acero inoxidable.

El edificio no es efímero. Solo lleva la máscara de lo efímero para acusar a la arquitectura efímera desde dentro de su propio lenguaje visual y ritual.

## 2. Antecedente personal y origen del proyecto

La idea de edificios de duración extrema no surge como respuesta tardía a una moda reciente sobre arquitectura a largo plazo. Desde 2022, antes de su posible formulación dentro de un contexto de bienal o festival, esta línea de trabajo se plantea como una preocupación real: construir edificios cuya sostenibilidad dependa no solo de la reducción del impacto inicial, sino del tiempo durante el cual ese impacto queda justificado.

La idea fundamental es sencilla:

El tiempo es un factor clave de sostenibilidad.

Un edificio que consume materiales de alto coste ecológico y dura treinta años puede ser una forma de despilfarro. Un edificio que consume materiales robustos, exige una inversión inicial relevante y dura quinientos años puede ser una forma de responsabilidad. El problema no es solo qué se usa, sino durante cuánto tiempo sirve. La sostenibilidad no puede medirse únicamente en el momento de la construcción; debe medirse también en la duración, la reparación, la transmisión, el mantenimiento y la capacidad de una obra para seguir teniendo sentido más allá de la generación que la produjo.

Este proyecto parte, por tanto, de una intuición anterior: frente a la arquitectura entendida como objeto de ciclo corto, debe recuperarse una arquitectura de ciclo larguísimo. No como nostalgia historicista, sino como exigencia material y moral. No se trata de copiar catedrales, monasterios, murallas, acueductos, casas de piedra o edificios antiguos. Se trata de aprender de algo que muchas arquitecturas del pasado sabían y que una parte de la arquitectura contemporánea ha olvidado: que construir implica introducir duración en el mundo.

El Doble Edificio de la Permanencia nace de esa convicción: si una civilización ya no es capaz de construir algo para que dure siglos, su problema no es solamente técnico. Es civilizatorio.

## 3. El doble edificio

La propuesta se articula en dos piezas:

### 1. La Célula de los Mil Años

3×3×3 m
9 m² de superficie.
27 m³ de volumen.

### 2. La Nave de Permanencia

Configuraciones dimensionales de referencia (no definitivas):
Compacta: ~10×10 m de planta y hasta ~10 m de altura máxima.

Longitudinal: ~20×5 m de planta y ~5–10 m de altura máxima.
Huella aproximada en ambos casos: 100 m².

El proyecto no propone una gran infraestructura, ni una catedral contemporánea, ni un monumento desmesurado. Propone dos formas mínimas de permanencia.

La primera es casi absoluta: un cubo de tres metros por tres metros por tres metros. Un volumen elemental. Una cámara. Una celda. Un baño. Un archivo mínimo. Un espacio de silencio. Un núcleo moral. La pregunta que plantea es brutal por su pequeñez:

> Si ni siquiera somos capaces de construir 27 m³ para durar mil años, ¿qué significa hablar de sostenibilidad arquitectónica?

La segunda pieza ya es un edificio real, pero no queda fijada en una única proporción. Puede adoptar una configuración más compacta y casi centrada —del orden de 10×10 m de planta y hasta 10 m de altura máxima—, especialmente adecuada para envolver y custodiar la célula interior, o una configuración más longitudinal —del orden de 20×5 m de planta, con una altura máxima de entre 5 y 10 m— si conviene enfatizar el carácter de nave, recorrido y programa. Ambas alternativas mantienen una huella aproximada de 100 m² y deberán ajustarse al presupuesto, al emplazamiento y al cálculo estructural. Al tratarse de una envolvente catenaria, estas dimensiones describen la caja máxima de referencia, no un volumen prismático útil exacto. En cualquiera de las variantes, la escala es suficiente para que la tesis deje de ser una imagen y se convierta en arquitectura.

La relación entre ambas piezas es deliberada. La célula formula la tesis. La nave la desarrolla y puede rodearla, protegerla y custodiarla como una segunda arquitectura. La célula es el mínimo absoluto. La nave es el mínimo civilizatorio. La célula pregunta si podemos construir algo que dure. La nave pregunta si podemos organizar una vida alrededor de esa duración.

Juntas forman un sistema: no una instalación, sino un principio constructivo.

## 4. La piel de paja

> La paja es la primera mentira del edificio.

Desde fuera, el conjunto parece pertenecer al mundo de lo provisional: paja, materia vegetal, fragilidad, descomposición, temporalidad, economía rural, arquitectura pobre, construcción casi biodegradable. La bienal ve una apariencia que reconoce: algo ligero, desmontable, casi escenográfico, aparentemente efímero.

Pero esa lectura es falsa.

La paja no es la verdad del edificio. Es su máscara crítica.

Bajo esa piel vegetal aparece una estructura de hormigón y acero inoxidable. Allí donde el exterior promete desaparición, el interior afirma permanencia. Allí donde la superficie parece aceptar la lógica de lo efímero, el núcleo la rechaza. El exterior aparenta la obsolescencia que el interior combate.

La paja no debe funcionar como decoración ecológica ni como atrezo pintoresco. Debe tener una función real: filtro solar, protección térmica, cámara ventilada, amortiguador climático, piel reemplazable, material compostable o reutilizable. Su condición temporal no es un problema, porque no pretende durar mil años. La paja acepta su propia duración limitada. Lo que no acepta la desaparición es la estructura.

El edificio se organiza así como una jerarquía temporal:

- paja: duración breve;
- cerramientos y capas secundarias: duración media;
- estructura de hormigón y acero inoxidable: duración larga;
- forma, custodia y memoria: aspiración milenaria.

Esta estratificación temporal evita una confusión: no todo en un edificio debe durar mil años del mismo modo. Pero sí debe existir un núcleo de permanencia que ordene el resto. Las capas temporales pueden ser sustituidas, renovadas o compostadas. La estructura debe permanecer.

La paja, por tanto, no contradice la tesis. La intensifica. Muestra que lo efímero solo tiene sentido cuando sabe que no es el fundamento. Lo temporal puede proteger, sombrear, envolver o señalar. Pero no debe sustituir a la arquitectura.

## 5. La estructura permanente: hormigón y acero inoxidable

El interior de ambos edificios se concibe estructuralmente en hormigón y acero inoxidable. No como gesto tecnológico, sino como declaración de duración.

El hormigón aporta masa, inercia, gravedad, espesor, resistencia, protección térmica y una presencia material difícil de reducir a imagen. No se emplea como material barato de ciclo corto, ni como soporte para una obsolescencia rápida, sino como materia que solo puede justificarse si sirve durante mucho tiempo.

El acero inoxidable introduce una segunda dimensión: precisión, resistencia a la corrosión, reparabilidad, continuidad técnica y capacidad de permanecer como articulación, refuerzo, unión, puerta, bisagra, tirante, marco o elemento estructural secundario. No se usa para crear una estética brillante o futurista, sino para reforzar la idea de que los detalles también deben aspirar a la duración.

La combinación es deliberada:

hormigón para la masa;
acero inoxidable para la articulación;
paja para la máscara efímera;
tiempo para justificarlo todo.

La paradoja material queda clara: el edificio se presenta como si fuera frágil, pero se construye como si debiera sobrevivir a quienes lo miran. La paja engaña al ojo de la bienal. El hormigón y el acero inoxidable responden al tiempo.

## 6. La Célula de los Mil Años

La Célula de los Mil Años es la pieza más radical del proyecto.

Con solo 3×3×3 metros, concentra toda la acusación contra la arquitectura efímera. No necesita ser grande para ser extrema. Al contrario: cuanto más pequeña es, más difícil resulta excusar su fracaso. No se trata de pedir a la civilización que construya una ciudad eterna, sino de preguntarle si todavía puede construir una habitación destinada a durar siglos.

Pero la célula no debe entenderse necesariamente como un volumen aislado.

La pieza de 3×3×3 metros debe quedar inscrita dentro de una segunda arquitectura mayor que la cubra, proteja y custodie: un edificio dentro de otro edificio.

Como hipótesis de trabajo, esa envolvente exterior puede adoptar al menos dos familias dimensionales coherentes entre sí: una solución compacta, aproximadamente de 10×10 m de planta y hasta 10 m de altura máxima, o una solución longitudinal, aproximadamente de 20×5 m de planta y entre 5 y 10 m de altura máxima. Ambas conservan una huella del orden de 100 m². La elección final no forma parte todavía de la tesis y deberá adecuarse al presupuesto, al emplazamiento, al comportamiento de la catenaria y al desarrollo estructural. Lo esencial no es imponer una cifra, sino asegurar que la arquitectura mayor cubra, proteja y custodie la célula.

Lo fundamental no es todavía esa cifra, sino la relación.

Un núcleo mínimo.
Una arquitectura mayor que lo protege.
Una primera envolvente sacrificable frente al mundo.
Y, en su interior, una estancia pensada para aproximarse todo lo humanamente posible a los mil años.

El edificio mayor no disminuye la radicalidad de la célula. La aumenta. La Célula de los Mil Años pasa a convertirse en el sanctasanctórum material de la obra: un núcleo interior defendido por sucesivas capas de arquitectura.

La permanencia deja entonces de entenderse como mera robustez y pasa a entenderse también como profundidad.

Para llegar al núcleo hay que atravesar arquitectura.

*Figura 1. La Célula de los Mil Años: cubo de 3×3×3 m bajo una piel exterior de paja.*

Exteriormente, el conjunto puede seguir presentándose como un volumen de paja: una bala agrícola ampliada, una cabaña cerrada, una construcción pobre, una arquitectura provisional. Pero al atravesar sus capas, la percepción cambia progresivamente. La materia vegetal conduce a una estructura pesada y precisa. La fragilidad aparente desemboca en el hormigón y el acero inoxidable.

*Figura 2. Vista interior de la envolvente catenaria: el cubo aparece como núcleo protegido dentro del edificio mayor.*

La célula puede adoptar distintos usos, todos ellos elementales:

- cámara de silencio;
- baño esencial;
- archivo fundacional;
- celda de permanencia;
- pequeño refugio climático;
- depósito seco de memoria;
- sala de lectura mínima;
- espacio de custodia de la piedra fundacional;
- oratorio laico de la duración.

Su programa no debe ser espectacular. Debe ser básico. Incluso un baño de mil años tendría una potencia conceptual mayor que muchas instalaciones pretendidamente visionarias. Porque el reto no sería hacer algo grande, sino algo elemental y duradero. Una arquitectura mínima, útil, mantenible, reparable y no destinada a la fotografía como fin.

La Célula de los Mil Años es, en última instancia, una pregunta construida:

¿Puede la arquitectura contemporánea producir una habitación que no pida ser sustituida?

## 7. La Nave de Permanencia

La Nave de Permanencia no tiene todavía una dimensión única e irrevocable. Se plantea como una envolvente catenaria de alrededor de 100 m² de huella, con dos configuraciones principales de referencia: una versión compacta, del orden de 10×10 m y hasta 10 m de altura máxima, y una versión longitudinal, del orden de 20×5 m y entre 5 y 10 m de altura máxima. La elección deberá responder al presupuesto, al lugar, al cálculo estructural y a la relación con la Célula de los Mil Años. Su escala sigue siendo modesta, pero ya permite verdadera arquitectura: recorrido, sección, programa, usos simultáneos, almacenamiento, sombra, reposo, lectura, reunión, reparación y custodia.

Exteriormente, la nave también se reviste de paja. Desde fuera puede parecer un gran cuerpo agrícola, un almacén temporal, una construcción pobre, una instalación vegetal o una arquitectura blanda. Pero esa primera lectura queda desmentida por el acceso, por el espesor, por la masa interior, por la estructura de hormigón y acero inoxidable.

La nave no es una nave industrial ni un pabellón expositivo. Es una estructura de larga duración. Una casa mínima de permanencia. Un edificio que no quiere circular como imagen, sino servir como soporte temporal para generaciones distintas.

Su programa ideal sería híbrido:

- biblioteca mínima;
- archivo;
- taller de reparación;
- escuela de oficios;
- sala de lectura;
- refugio climático;
- depósito de materiales;
- espacio comunitario;
- casa de cultura de larga duración;
- centro de mantenimiento de la propia arquitectura.

La combinación más coherente sería una Casa de Permanencia: biblioteca, archivo, taller y escuela mínima de oficios. Un edificio dedicado a conservar conocimiento, reparar materia, transmitir técnicas, custodiar memoria y formar a quienes deberán mantenerlo.

La nave no solo duraría.
Enseñaría a durar.

Su programa coincidiría con su tesis: preservar, reparar, heredar, custodiar.

La forma de la nave debe ser deliberadamente sobria: una geometría clara, casi arcaica, sin gestos innecesarios, articulada por la lógica resistente de la catenaria. Su potencia no vendrá de la extravagancia formal, sino de la intensidad de su promesa temporal. Puede resolverse como una pieza compacta de aproximadamente 10×10 m o como una nave longitudinal de aproximadamente 20×5 m, con una altura máxima de referencia entre 5 y 10 m según la variante. No se trata de fijar ahora una geometría definitiva, sino de conservar una proporción simple, legible y fuerte, ajustable al presupuesto y al emplazamiento: un cuerpo que se pueda entender, medir, reparar y transmitir.

## 8. Contexto crítico: la arquitectura efímera como residuo diferido

Se habla con frecuencia de arquitectura efímera como si la temporalidad fuese, por sí misma, una virtud estética o conceptual. Pero la temporalidad no es una virtud automática. Puede ser necesaria, humilde, ritual, reversible o materialmente inocente. Pero también puede ser una coartada para producir objetos caros, transportados, iluminados, documentados, fotografiados y desmontados.

El enemigo de este proyecto no es la cabaña provisional, el refugio de emergencia, la estructura desmontable realmente útil o la solución temporal que evita un mal mayor. El enemigo es la arquitectura de evento: pabellones corporativos, stands de feria, instalaciones de festival, escenografías culturales, bienales de arquitectura, exposiciones universales tardías, montajes institucionales, dispositivos fotogénicos y estructuras pensadas para circular como imagen antes que para permanecer como mundo.

Buena parte de esa arquitectura no es ligera: solo se presenta como ligera. Detrás de la aparente sutileza hay extracción de materiales, transporte, embalaje, montaje especializado, seguros, iluminación, climatización, mantenimiento temporal, documentación visual, desmontaje y, muchas veces, residuo.

Es una arquitectura que nace ya como residuo diferido.

Su destino no es habitar el tiempo. Su destino es producir una temporada, una inauguración, una fotografía, un dossier, una presencia institucional, una marca. Por eso su problema no es solo ecológico. Es también moral y estético: no construye mundo; consume mundo para producir un gesto.

## 9. Las dos condiciones de legitimidad

Este proyecto no sostiene que toda forma temporal sea ilegítima. Hay arquitecturas temporales que pueden tener sentido. Pero la exigencia debe ser mucho más alta de lo habitual.

Una arquitectura efímera solo debería existir si cumple una de dos condiciones.

### Primera condición: inocencia material

Debe ser reutilizable, biodegradable, reversible, de impacto mínimo o construida con materiales ya existentes que eviten un daño mayor. En este caso, su temporalidad se justifica porque no produce una carga material relevante o porque sus materiales continúan teniendo vida después de la obra.

### Segunda condición: potencia simbólica extrema

Debe ser tan intensa, necesaria o extraordinaria que merezca no ser efímera. Es decir, debe fracasar como arquitectura efímera. Debe demostrar que su desaparición sería una pérdida.

Todo lo que no cumpla una de esas dos condiciones pertenece más al despilfarro que al arte, más al consumo de formas que a la construcción responsable del mundo.

## 10. El fracaso del fin

La arquitectura efímera tiene un fin declarado: durar poco. Su éxito normal consiste en cumplir ese programa temporal. Se monta, se visita, se fotografía, se desmonta y desaparece. Pero precisamente ahí reside su problema.

Si desaparece sin pérdida, si nadie siente que el mundo queda empobrecido por su ausencia, si su desaparición no revela ningún error, entonces quizá no hacía falta construirla. Habrá cumplido su fin, pero ese cumplimiento no justifica necesariamente los medios empleados.

Por eso la tesis central es paradójica:

La arquitectura efímera solo se justifica cuando fracasa como efímera.

Solo cuando aquello que debía desaparecer demuestra que merecía permanecer; solo cuando su propia efimeridad queda derrotada por su fuerza formal, simbólica, histórica o comunitaria; solo cuando el tiempo contradice la intención temporal de la obra, los medios empleados pueden quedar redimidos.

La Torre Eiffel es el ejemplo extremo: una obra nacida en un contexto expositivo y temporal que se volvió incompatible con su desaparición.

El Pabellón de Mies van der Rohe en Barcelona es un ejemplo más problemático, porque tuvo que ser reconstruido después de haber desaparecido. Pero precisamente por eso la lección debe ser todavía más dura: no basta con que algo merezca ser reconstruido; lo deseable es que hubiera sido concebido para no desaparecer nunca.

El Doble Edificio de la Permanencia parte de esa exigencia y la radicaliza.

No quiere fracasar como arquitectura efímera porque no acepta serlo.

No quiere ser recordado por haber desaparecido.

No quiere ser reconstruido como fantasma.

No quiere sobrevivir solo como archivo, fotografía, mito o cita.

Quiere existir.

## 11. Relación crítica con Gensler

El precedente reciente del 500-Year Building de Gensler es importante porque muestra que la larga duración vuelve a ocupar un lugar central en la imaginación arquitectónica. Esa propuesta planteaba un edificio de quinientos años como sistema vivo, adaptable, regenerativo, abierto al cambio, narrado mediante una instalación inmersiva, imágenes digitales, relatos de futuro y dispositivos tecnológicos.

Este proyecto reconoce la importancia de ese desplazamiento temporal: pensar en siglos es mejor que pensar en ciclos de consumo inmediato. Sin embargo, se separa radicalmente de su lenguaje, de su método y de su ontología.

No se trata de proponer “mil años” contra “quinientos años”, como si la diferencia fuese una simple inflación numérica. La diferencia no está en la cifra. Está en el tipo de arquitectura y en el tipo de relación con el tiempo.

- Donde Gensler imagina arquitectura como sistema vivo, este proyecto reivindica arquitectura como forma permanente.
- Donde Gensler propone adaptabilidad, renovación y transformación, este proyecto propone rigidez, duración y custodia.
- Donde Gensler construye una instalación inmersiva sobre la permanencia, este proyecto propone una anti-instalación contra la espectacularización de la permanencia.
- Donde Gensler trabaja con futuros imaginados, este proyecto trabaja con obligación ante el futuro.
- Donde Gensler convierte la larga duración en experiencia expositiva, este proyecto sostiene que la permanencia no debe convertirse en contenido de bienal: debe convertirse en construcción.

La crítica no es que Gensler piense en quinientos años. Eso es valioso. La crítica es que la cultura arquitectónica contemporánea puede absorber incluso la idea de permanencia dentro del circuito de la instalación temporal, de la experiencia inmersiva y de la imagen futurista.

Este proyecto existe contra esa absorción.

La permanencia no se exhibe. Se construye.

## 12. La paradoja climática: quizá Gensler tenga razón en un mundo roto

Sin embargo, la crítica a Gensler no debe formularse de manera simplista. Hay una paradoja más profunda.

Es posible que, en un futuro marcado por el cambio climático, la inestabilidad ambiental, las migraciones, las crisis energéticas, la transformación de usos y la alteración radical de las condiciones materiales, la arquitectura más adaptable tenga una ventaja real. Es posible que un edificio concebido como sistema vivo, capaz de transformarse constantemente, responda mejor a un mundo imprevisible que un edificio rígido, pesado y permanente.

Es posible, por tanto, que Gensler tenga razón en un mundo roto.

Pero esa posibilidad no refuta automáticamente este proyecto. Al contrario, abre su dimensión más trágica.

Si el mundo futuro exige que todo cambie sin cesar para sobrevivir, quizá no estemos ante el triunfo de la adaptabilidad, sino ante la derrota de la permanencia. Quizá no sea que la arquitectura rígida se haya equivocado, sino que la humanidad haya destruido las condiciones que hacían razonable construir para siglos.

Cuando la permanencia del hábitat no ha lugar en el mundo, es que ya no hay mundo.

Si volvemos al nomadismo, no solo habremos perdido la civilización: habremos perdido el mundo en el sentido específicamente humano del término, es decir, un lugar relativamente estable que pueda ser habitado, transmitido, recordado y heredado.

Durante mucho tiempo, edificios relativamente rígidos y masivos han sido capaces de durar quinientos, mil o incluso más años. Templos, puentes, murallas, acueductos, monasterios, catedrales, casas de piedra, palacios, calles y ciudades enteras han atravesado guerras, cambios religiosos, lenguas, economías, imperios, técnicas y generaciones.

Eso no significa que fueran inmóviles ni que carecieran de vida. Muchas catedrales tardaron siglos en construirse, crecieron por fases, incorporaron capillas, torres, reparaciones y nuevos usos; en ese sentido, podían comportarse como organismos que seguían creciendo y adaptándose después de haber empezado a existir.

Pero esa condición viva no exigía una transformación constante de su esqueleto ni la disolución continua de su identidad formal. Acueductos, puentes, murallas y edificios históricos fueron reparados, mantenidos, ampliados o parcialmente transformados, a veces durante siglos, sin necesitar reinventarse enteramente en cada generación.

Podían cambiar sin dejar de ser lo que eran. Y precisamente por eso permanecían.

Si ahora ya no podemos pensar así, la pregunta no debe ser solo arquitectónica.

Debe ser civilizatoria y planetaria:

¿Qué hemos hecho para que la arquitectura ya no pueda prometer duración?

## 13. La doble paradoja del proyecto

El Doble Edificio de la Permanencia contiene dos paradojas de fracaso.

La primera paradoja pertenece a la bienal.

El proyecto solo tendrá éxito si fracasa como proyecto efímero de bienal. Si se limita a ser visitado, fotografiado, comentado y olvidado, habrá fracasado. Si se convierte en una instalación más dentro del circuito de instalaciones, habrá fracasado. Si termina cuando cierre la exposición, habrá fracasado. Si se agota en su documentación visual, habrá fracasado.

Su primer éxito consiste precisamente en no cumplir el destino normal de la bienal: aparecer, producir novedad, circular como imagen y desaparecer.

No creo en las bienales como lugar último de la arquitectura. Una bienal puede servir como tribunal, como altavoz, como acta pública, como acusación o como inicio de una obligación. Pero no debe confundirse con la arquitectura misma. La arquitectura no se consuma en la exposición. Se consuma cuando permanece, sirve, envejece, resiste, es mantenida y obliga a generaciones distintas a convivir con una misma forma.

La segunda paradoja pertenece al futuro.

Si el Doble Edificio de la Permanencia llega a construirse y permanece, habrá triunfado como edificio y como idea. Habrá demostrado que todavía es posible construir con voluntad de duración extrema. Habrá confirmado que el tiempo puede ser un factor esencial de sostenibilidad.

Pero si el edificio, una vez construido, fracasa porque el mundo climático futuro se ha vuelto demasiado inestable para permitir la permanencia, entonces fracasará como edificio y triunfará como acusación.

Su ruina no refutará necesariamente la tesis.

Podrá confirmarla trágicamente.

Porque entonces el problema no será solo que un edificio no haya resistido. El problema será que la humanidad habrá producido un mundo donde la permanencia se vuelve imposible.

En ese caso, el fracaso del edificio será el éxito del proyecto como diagnóstico. Habrá mostrado que la arquitectura no puede prometer mil años porque la civilización ya no puede prometer mundo.

El proyecto puede, por tanto, fracasar mal, fracasar bien o fracasar muy mal.

### Fracasa mal

Si queda reducido a una instalación de bienal, a un render, a un texto, a una fotografía o a una experiencia temporal más.

Este es el fracaso banal: cumplir obedientemente el destino normal de aquello que se critica.

### Fracasa bien

Si permanece.

Es decir, si fracasa en la misión que aparentemente correspondía a una arquitectura efímera concebida para una bienal. Si debía ser temporal y deja de serlo; si debía desaparecer y permanece; si el acontecimiento termina pero el edificio no, habrá fracasado en su causa final como objeto efímero y habrá triunfado como arquitectura.

Ese fracaso sería histórico.

### Fracasa muy mal

Si intenta permanecer y no puede hacerlo porque las condiciones climáticas, políticas, materiales o civilizatorias del futuro han dejado de permitir la permanencia.

Ese fracaso no sería banal ni simplemente arquitectónico.

Sería apocalíptico.

Solo el primer fracaso sería banal en cuanto bienal.

El segundo sería histórico.

El tercero sería apocalíptico.

## 14. Contra el edificio adaptable como consuelo contemporáneo

La adaptabilidad se ha convertido en una virtud casi incuestionable. Se habla de edificios flexibles, resilientes, reprogramables, abiertos, mutables, reversibles, vivos. Muchas veces esa lógica tiene sentido. Un edificio debe poder ser reparado, actualizado, mantenido y, en ciertos aspectos, transformado.

Pero este proyecto rechaza convertir la adaptabilidad en valor supremo.

El Doble Edificio de la Permanencia no quiere ser un organismo ansioso. No quiere parecer una interfaz. No quiere presentarse como una arquitectura en permanente actualización. No quiere justificar su supervivencia convirtiéndose en cualquier cosa.

Su ambición no es adaptarse indefinidamente al mundo, sino imponer al mundo una obligación de cuidado.

No dura porque sea indeterminado.

Dura porque tiene una forma, una presencia y una necesidad que merecen ser mantenidas.

Esto no significa negar el mantenimiento. Al contrario: un edificio de mil años necesita una cultura del mantenimiento. Pero mantenimiento no es lo mismo que mutación constante.

Reparar no es disolver.

Cuidar no es reprogramar sin fin.

Sustituir una cubierta, restaurar una junta, reforzar un muro, sanear una piedra o renovar una instalación no equivale a convertir la arquitectura en flujo.

Frente a la arquitectura líquida, flexible y provisional, este proyecto reivindica una arquitectura rígida en el sentido noble: una arquitectura con límite, peso, resistencia, tenacidad, memoria y carácter.

## 15. Tiempo como sostenibilidad

La sostenibilidad contemporánea suele medirse a través de impacto inicial, emisiones incorporadas, eficiencia energética, certificaciones, circularidad, reciclaje, consumo operativo y trazabilidad de materiales.

Todo eso importa.

Pero falta una pregunta decisiva:

¿Durante cuánto tiempo quedará justificado ese impacto?

El tiempo no es un añadido poético a la sostenibilidad. Es uno de sus factores centrales.

Una obra de gran impacto material puede ser irresponsable si dura poco, pero puede adquirir otra lógica si dura siglos. Una estructura de hormigón, piedra, ladrillo, acero o cerámica no debería justificarse como objeto de ciclo corto. Si se utilizan materiales pesados, deben trabajar durante mucho tiempo. Si se extrae materia del mundo, esa materia debe servir a muchas generaciones.

La sostenibilidad no consiste únicamente en reducir.

También consiste en prolongar.

No solo en gastar menos, sino en hacer que lo gastado tenga sentido durante más tiempo.

El Doble Edificio de la Permanencia propone una contabilidad temporal de la arquitectura. No pregunta solo cuánto carbono, cuánta energía o cuánta materia se emplea. Pregunta durante cuántos años esa materia evitará nuevas construcciones, nuevas demoliciones, nuevos residuos y nuevas sustituciones.

Un edificio de treinta años puede ser ecológicamente falso aunque tenga un discurso verde.

Un edificio de quinientos años puede ser ecológicamente serio aunque sea pesado, si su peso se convierte en permanencia.

## 16. Principios constructivos

El Doble Edificio de la Permanencia no es una fantasía futurista. No quiere parecer ciencia ficción. No quiere deslumbrar con una imagen de futuro. Quiere formular las condiciones de una construcción capaz de perdurar.

Su diseño deberá partir de una pregunta elemental:

> ¿Qué forma, qué materia, qué estructura, qué institución y qué comunidad podrían permitir que dos edificios mínimos duren más de quinientos años y aspiren a mil?

El proyecto deberá responder a nueve principios.

### 1. Permanencia estructural

La estructura principal debe ser masiva, clara, sobredimensionada en lo razonable, reparable y legible. Debe evitar la dependencia de sistemas frágiles, componentes propietarios o soluciones que hagan imposible su mantenimiento futuro.

### 2. Rigidez formal

La forma debe ser suficientemente fuerte para no depender de la moda. No debe ser una imagen generacional, ni un gesto paramétrico, ni una extravagancia formal destinada a envejecer mal. Debe aspirar a una presencia elemental: muro, sombra, proporción, patio, cubierta, umbral, espesor, orientación, gravedad.

### 3. Materiales que envejezcan

Los materiales deben poder envejecer sin convertirse en basura. La pátina debe ser parte de la vida del edificio. Hormigón bien usado, acero inoxidable, piedra, ladrillo, cerámica, cal, madera duradera y pieles vegetales reemplazables pueden formar parte de esta lógica si se emplean según su tiempo propio.

### 4. Estratificación temporal

No todas las capas deben durar lo mismo. La paja puede durar poco. Las instalaciones pueden durar décadas. Algunos cerramientos pueden durar generaciones. La estructura debe aspirar a siglos. La forma debe aspirar a mil años. La arquitectura responsable no confunde estas escalas: las ordena.

### 5. Reparabilidad

El edificio debe poder ser reparado por generaciones futuras. Sus sistemas deben ser comprensibles. Sus juntas deben ser accesibles. Sus patologías deben poder diagnosticarse. Una arquitectura milenaria no puede depender de trucos técnicos incomprensibles para quienes la hereden.

### 6. Baja dependencia tecnológica

La tecnología puede existir, pero no debe ser el corazón del edificio. Las instalaciones deben ser sustituibles sin destruir la estructura. El edificio debe conservar valor incluso cuando sus sistemas técnicos queden obsoletos.

Se trata, en último término, de generar cuevas artificiales preparadas para el hombre del tercer milenio: espacios elementales de protección cuya condición de habitabilidad no dependa de que continúe funcionando intacta la tecnología de la generación que los construyó.

No se trata de regresar a la cueva.

Se trata de recuperar su principio elemental —protección, masa, estabilidad, refugio— y proyectarlo hacia el tercer milenio.

## 7. Piel sacrificable

La paja exterior debe ser reemplazable, compostable, reutilizable o renovable. No debe fingir una duración que no tiene. Su verdad consiste en aceptar su tiempo breve y, precisamente por eso, revelar la diferencia entre capa temporal y núcleo permanente.

## 8. Custodia jurídica

Ningún edificio dura mil años solo por su materia.

Dura porque alguien lo cuida.

El proyecto debe incluir una forma de custodia: fundación, comunidad, institución, patronato, servidumbre, protección patrimonial futura, archivo constructivo, reglas de mantenimiento y límites contra la demolición arbitraria.

## 9. Necesidad persistente

El programa debe responder a una necesidad humana resistente al tiempo. No debe depender de una moda comercial o tecnológica. Debe servir a funciones que puedan seguir teniendo sentido durante generaciones: conservar, enseñar, reparar, reunir, refugiar, transmitir.

*Figura 3. Interior del núcleo: hormigón como masa permanente y acero inoxidable como articulación reparable.*

## 17. La exposición como anti-instalación

La presentación en una bienal o festival debe ser estrictamente coherente con la crítica. No puede producir una instalación espectacular sobre la permanencia que después se convierta en residuo.

La exposición debe ser una anti-instalación.

No habrá experiencia inmersiva.

No habrá escenografía de sostenibilidad.

No habrá pantallas como centro del proyecto.

No habrá inteligencia artificial generando futuros imaginarios.

No habrá objetos producidos para ser desechados.

No habrá un pabellón temporal que hable de larga duración mientras confirma la lógica de lo efímero.

La exposición podrá consistir en:

- un manifiesto;
- un plano;
- una sección constructiva;
- una maqueta austera;
- una piedra fundacional;
- un fragmento de muro;
- una muestra de paja;
- una muestra de hormigón;
- una pieza de acero inoxidable;
- un catálogo de materiales;
- un cálculo de duración;
- un protocolo de mantenimiento;
- un borrador de estatuto jurídico;
- un presupuesto preliminar;
- una cronología de construcción;
- un archivo de decisiones irreversibles.

Cada elemento expuesto deberá cumplir una regla: ser reutilizado, devuelto, incorporado al edificio futuro, compostado o producido con impacto mínimo.

La exposición no debe parecer una obra acabada.

Debe parecer un compromiso iniciado.

## 18. Dispositivo expositivo

La exposición se organizará como un juicio.

### Sala 1: La acusación

“Buena parte de la arquitectura efímera nace ya como residuo diferido.”

Se mostrarán tipologías de arquitectura-evento: pabellones, ferias, stands, bienales, instalaciones, dispositivos fotogénicos, montajes institucionales.

El objetivo no será atacar obras individuales, sino revelar una lógica general: producir, fotografiar, desmontar, sustituir.

### Sala 2: La tesis — causa formal y fracaso de la causa final

"Solo el fracaso del fin justifica los medios."

Aquí se explicará la paradoja formal.

Si la causa final aparente de una arquitectura efímera de bienal consiste en aparecer, producir acontecimiento, ser contemplada durante un período determinado y finalmente desaparecer, solo el fracaso de esa causa final puede llegar a justificar plenamente los medios consumidos.

El proyecto introduce así una lectura deliberadamente aristotélica de la paradoja.

Un buen proyecto de esta naturaleza para una bienal sería aquel en el que el éxito de la causa formal provocara el fracaso de la causa final.

La forma tendría que alcanzar tal necesidad, intensidad, belleza, utilidad o significación que hiciera inaceptable el destino temporal inicialmente previsto para ella.

La causa formal triunfa cuando hace fracasar la finalidad efímera.

La Torre Eiffel constituye el ejemplo extremo: la forma acabó rebelándose contra la temporalidad del acontecimiento que la había producido.

El Pabellón de Mies presenta la misma paradoja de manera más problemática: su posterior reconocimiento mostró que la desaparición había sido un error, hasta el punto de reclamar su reconstrucción.

Un verdadero éxito de bienal sería, en este sentido, producir algo demasiado bueno para desaparecer con la propia bienal.

### Sala 3: El precedente y la divergencia

"Un edificio de mil años no es una experiencia inmersiva."

Aquí se hará referencia crítica al 500-Year Building de Gensler. No como ataque personal, sino como contraste conceptual.

Gensler representa la permanencia entendida como adaptabilidad, narración y experiencia.

Este proyecto representa la permanencia entendida como rigidez, construcción, custodia y obligación.

### Sala 4: La doble escala

"Veintisiete metros cúbicos y unos cien metros cuadrados contra la obsolescencia."

Aquí se presentan las dos piezas: la Célula de los Mil Años y la Nave de Permanencia.

La primera como mínimo absoluto.

La segunda como mínimo civilizatorio.

Una es el núcleo moral; la otra es su despliegue arquitectónico.

Se mostrará también que la célula de 3×3×3 metros puede quedar contenida dentro de la Nave de Permanencia, concebida como edificio protector de escala mayor. Esta envolvente catenaria podrá adoptar una configuración compacta o longitudinal según el presupuesto, el emplazamiento y el desarrollo estructural, estableciendo en ambos casos una secuencia de permanencia por capas.

### Sala 5: La máscara de paja

"El edificio no es efímero: solo lleva la máscara de lo efímero."

Aquí se explica la novedad material del proyecto. La paja exterior hace que el conjunto parezca frágil, temporal, agrario, casi desechable.

Pero el interior de hormigón y acero inoxidable revela la verdadera tesis: una estructura pensada para durar bajo una piel que acepta desaparecer.

### Sala 6: La paradoja climática — causa final

"Si solo lo adaptable sobrevive, quizá lo que ha fracasado no es la arquitectura permanente, sino el mundo."

Esta sala introduce la causa final en su escala más radical.

¿Para qué construimos?

¿Para qué debe durar la arquitectura?

¿Qué significa que un mundo futuro haga imposible esa finalidad?

La imposibilidad de cumplir la causa final de la permanencia no constituiría entonces un simple fallo técnico.

Podría convertirse en el diagnóstico material de un fracaso civilizatorio y planetario.

### Sala 7: El compromiso

"Esto no acaba cuando cierre la bienal."

Se presentará el proyecto real: emplazamiento posible, programa, materiales, planos, reglas de mantenimiento, estructura jurídica y calendario.

La bienal deberá quedar subordinada a algo posterior a ella.

### Sala 8: La piedra — causa material

(Causa material)

Una única pieza de hormigón destinada al edificio futuro.

No una metáfora.

No un objeto expositivo.

Una parte real de la construcción.

La pieza no representa el edificio.

La pieza empieza el edificio.

## 19. Resultado esperado

El resultado de la participación no será una instalación desmontada. La participación solo tendrá sentido si produce consecuencias posteriores.

Resultados posibles:

1. Constitución de una entidad de custodia.
2. Selección de emplazamiento.
3. Desarrollo de anteproyecto.
4. Primer presupuesto real.
5. Archivo público del proyecto.
6. Publicación del manifiesto.
7. Incorporación de materiales expuestos al edificio futuro.
8. Compostaje o reutilización de la paja exterior.
9. Creación de una comunidad de patronos, técnicos, constructores y custodios.
10. Inicio de una campaña de financiación.
11. Redacción de una carta de mantenimiento intergeneracional.

La bienal no debe ser el final del proyecto.

Debe ser el lugar donde el proyecto deja de poder ser solo idea.

## 20. Criterios de éxito y fracaso

Este proyecto no medirá su éxito por número de visitantes, impacto mediático, fotografías publicadas o circulación en redes. Esos indicadores pertenecen a la lógica que se critica.

Los criterios de éxito serán otros:

- que el proyecto no se agote en la exposición;
- que produzca obligación;
- que avance hacia la construcción;
- que los materiales expuestos no se conviertan en residuos;
- que la paja sea reutilizada, compostada o devuelta al ciclo material;
- que la célula llegue a existir;
- que la nave llegue a existir;
- que ambas permanezcan;
- que sean mantenidas;
- que sobrevivan a generaciones distintas;
- que hagan visible el tiempo como dimensión de la sostenibilidad.

También hay distintos tipos de fracaso.

### Fracaso operativo

Que el proyecto no consiga construirse.

Es el fracaso inmediato de pasar de la idea a la materia.

### Fracaso banal

Que el proyecto se convierta en una instalación más de bienal.

Que sea observado, fotografiado, publicado y finalmente desmontado sin haber alterado el destino temporal que criticaba.

### Fracaso histórico

Que fracase precisamente en su cometido como proyecto efímero —es decir, en ser temporal— y permanezca.

Que aquello que debía pertenecer al acontecimiento pase a pertenecer al tiempo.

Que la arquitectura incumpla la temporalidad de la exposición porque la calidad o necesidad de su forma hacen injustificable su desaparición.

Ese fracaso sería, en realidad, una de las formas más altas de éxito.

### Fracaso noble

Que intente construirse y permanecer y que, aun sin alcanzar completamente la duración buscada, revele las dificultades materiales, jurídicas, económicas, institucionales y culturales de construir para siglos.

### Fracaso apocalíptico

Que el edificio, una vez construido, no pueda durar porque el mundo producido por la humanidad ya no permite la permanencia.

Ese último fracaso sería también una forma extrema de éxito conceptual.

No porque la ruina sea deseable, sino porque demostraría que el problema ya no era únicamente arquitectónico.

Era civilizatorio y planetario.

Una catástrofe apocalíptica.

## 21. Dimensión filosófica

En la construcción humana del mundo, Parménides debe ser el objetivo, incluso sabiendo con Heráclito que el mundo cambia.

La superficie de la realidad es heracliteana: flujo, transformación, erosión, tiempo, desgaste, sustitución.

Pero precisamente por eso la arquitectura debe aspirar a una permanencia parmenídea.

No porque pueda vencer absolutamente al devenir, sino porque su función más alta consiste en introducir duración, estabilidad y presencia allí donde todo tiende a pasar.

El mundo cambia. La arquitectura responde intentando permanecer y protegernos de la intemperie. Nos ayuda a habitar entre el caos.

La intemperie es el estado natural.

El refugio es construcción humana.

La arquitectura se sitúa entre ambos.

La paja exterior acepta el devenir. El hormigón y el acero inoxidable lo resisten. La arquitectura aparece en la tensión entre ambos: no negando que todo cambia, sino negándose a convertir el cambio en una coartada para la desaparición voluntaria.

Este proyecto no niega el cambio.

Lo toma más en serio que la arquitectura efímera.

Precisamente porque todo desaparecerá algún día, no debemos convertir la desaparición voluntaria en virtud estética.

Precisamente porque el mundo es finito, hay que construir como si las cosas debieran durar.

## 22. Declaración final

Este proyecto se presenta en una bienal de arquitectura contra la lógica habitual de las bienales de arquitectura.

No propone una instalación efímera sobre la permanencia.

No propone una experiencia inmersiva sobre el futuro.

No propone una arquitectura adaptable que se disuelva en el cambio.

No propone un pabellón destinado a desaparecer después de haber hablado de sostenibilidad.

Propone dos edificios mínimos y complementarios: una célula de 27 m³ y una Nave de Permanencia de alrededor de 100 m² de huella, cuya proporción definitiva —compacta o longitudinal— se adecuará al presupuesto, al emplazamiento y al desarrollo estructural.

Propone que la célula mínima pueda quedar protegida dentro de una arquitectura mayor, haciendo de la permanencia una cuestión de profundidad y de capas.

Propone una piel de paja sobre una estructura de hormigón y acero inoxidable.

Propone una arquitectura que parece efímera para revelar que no lo es.

Propone una arquitectura rígida, duradera, material, reparable, custodiada y moralmente incómoda.

Propone un edificio que no quiere ser novedad.

Propone un edificio que no quiere circular como imagen.

Propone un edificio que no quiere volver a una bienal.

Propone un edificio que solo triunfará si deja de pertenecer a la bienal y empieza a pertenecer al tiempo.

Quizá el futuro dé la razón a la arquitectura adaptable.

Quizá en un mundo climáticamente inestable solo sobreviva lo que cambia sin cesar.

Pero si eso ocurre, este proyecto no habrá quedado simplemente refutado.

Habrá formulado una acusación más profunda: la humanidad habrá creado un mundo donde incluso la permanencia se vuelve inviable.

El Doble Edificio de la Permanencia no pretende negar el desastre adaptándose dócilmente a él.

Pretende preguntar si aún somos capaces de construir contra el desastre.

Pretende afirmar que el tiempo no es un enemigo secundario de la arquitectura, sino su prueba más alta.

Pretende recordar que la sostenibilidad no consiste solo en consumir menos, sino en hacer que lo construido merezca durar.

Y pretende sostener una exigencia elemental:

Una civilización digna de ese nombre debería seguir siendo capaz de construir algo para que dure mil años.

Aunque solo sean 27 m³.

Aunque la nave sea de apenas unos 100 m² de huella.

Aunque desde fuera parezca paja.

Si no puede, no habrá fracasado solo un edificio.

Habremos fracasado nosotros.

Y aquí aparece la última paradoja.

Si el proyecto fracasa como arquitectura efímera de bienal porque consigue permanecer, y triunfa como idea material perenne, entonces, precisamente por haber fracasado en el destino temporal que la bienal parecía imponerle, habrá triunfado también como proyecto de bienal.

La mejor bienal sería aquella capaz de producir una obra que ya no necesitara volver a una bienal.

El éxito de la causa formal habrá producido el fracaso de la causa final efímera.

Y ese fracaso será, finalmente, su éxito.